

RANDALL, Margaret, *Los hippies, expresión de una crisis*, traducción de Felipe Ehrenberg. México, Editorial Siglo XXI, 1968, 106 pp.

La "sociedad tecnológica" ha sido definida por Marcuse como "...aquella que se caracteriza por la automatización progresiva del aparato material e intelectual que regula la producción, la distribución y el consumo, es decir, un aparato que se extiende tanto a las esferas públicas de la existencia como a las privadas, tanto al dominio cultural como al económico y político; en otras palabras, es un aparato total. Dicha sociedad se caracteriza también por un alto grado de concentración y acoplamiento del poder político y económico." El hecho de que el término se nos brinde entrecomillado estriba, de acuerdo con el viejo pensador, en que dicha sociedad no es tecnológica en su constitución explicativa, sino política y clasista. Se trata de la técnica perfilada y aplicada dentro de los marcos de la explotación y la manipulación. Esta organización totalitaria y privada de la existencia humana, acompañada de un importante despliegue técnico, trae consigo una creciente pérdida de la autonomía, que se ha manifestado, entre otras cosas, en la integración de la oposición política al sistema.

Hay quienes aplican el término de sociedad industrial, acuñado por Raymond Aaron, para referirse a este tipo de sociedades avanzadas que no distan mucho de proyectar el mundo orwelliano de 1984. Pensadores como André Gorz y Serge Mallet han estudiado la crisis de la democracia representativa, de los sindicatos, los partidos y demás grupos de presión organizada de las masas, que se presenta en los países industrialmente desarrollados. Sin embargo, todos están de acuerdo en que si bien es relativamente fácil la refutación teórica e ideológica de la "civilización basada en la opulencia y el ocio", no resulta tan sencilla la encarnación práctica de esta crítica y de sus consecuencias por parte de las fuerzas fundamentales de las sociedades: los productores.

Es un hecho que hasta el momento presente la crítica —y no siempre lúcida— a las premisas de la "sociedad opulenta", tanto en sus aspectos teóricos como prácticos, ha sido dirigida en lo esencial por los intelectuales y los estudiantes, más que por los obreros. Pero lo que sucede en Nanterre y la Sorbona, lo que acontece en la Universidad Libre de Berlín y lo que está representándose en Berkeley y Belgrado va más allá del simple conflicto generacional. Tampoco se trata de una pugna por la reforma universitaria; constituye un ataque frontal y total de la moderna sociedad industrial.

La potencialidad catalizadora del movimiento estudiantil radical e independiente se ha manifestado en la toma y ocupación de fábricas por parte de los obreros, aun sin haber recibido éstos las órdenes sindicales y de partido que, dicho sea de paso, jamás vendrían. Una nueva fuerza surge de entre la fachada immaculada de la "gran sociedad" que arrastra toda la putrefacción que la constituye. Ante estos acontecimientos, muchos observadores han caído en el error de hablar del "poder estudiantil" y de considerarlo como el agente del profundo cambio renovador que se requiere. Nada más lejano de la verdad.

En principio, el movimiento estudiantil no es homogéneo ni presenta una organización unitaria y eficiente para la lucha que ha emprendido; en segundo término, más no por ello menos importante, los estudiantes no representan una fuerza que pueda —aisladamente— dar al traste con el sistema. *La nueva situación consiste en las posibilidades reales de una alianza obrero-estudiantil que rebase los marcos de la oposición integrada, tanto en lo teórico como en lo práctico y que sea capaz de aglutinar nuevas fuerzas en su alrededor.*

El libro de Margaret Randall, *Los hippies, la expresión de una crisis*, nos ha orillado a incluir las reflexiones anteriores a fin de poder encuadrar dentro de una perspectiva

más amplia a uno de los "movimientos de oposición" que más publicidad ha recibido en los últimos tiempos: *el movimiento hippie*.

El texto consta de una selección, prólogo y epílogo de la autora; tiene la virtud de presentar documentos vivos de los mismos hippies, que nos permiten sacar conclusiones propias y evadir las interpretaciones "para el consumo masivo" que las grandes agencias de información han elaborado. El movimiento hippie está integrado, hoy en día, por más de dos millones de seres, la mayoría de los cuales oscila entre los 14 y los 24 años de edad y cuya extracción es de los estratos medios de la población blanca norteamericana. La palabra *hippie*, derivado del término *hipster*, viene del vocablo *hip* o *hep* que significa consciente. Esta conciencia se refiere, por supuesto, a la de "estar en onda", es decir: drogarse.

A medida que crecen en número, las diferencias —más que las similitudes— entre ellos y los existencialistas de la tercera década del siglo, la Generación Perdida de la cuarta o los *beatniks* de la quinta, son más evidentes.

Los hippies se niegan a ser asimilados por el *establishment*, detestan los valores de la "Great Society" y del "American Way of Life", y pretenden crear sus propios valores basados en el amor, la comprensión, la libertad y la fraternidad. Están imbuidos de un ritualismo estereotipado y burdo, producto de imitaciones extralógicas y evidencian un profundo espíritu de religiosidad.

La piedra de toque para la inteligencia del movimiento es la droga, que ocupa el punto central del culto. No se trata de cualquier tipo de droga, ya que rechazan las "drogas corporales" —heroína, opio, barbitúricos, alcohol, etcétera— sino de la correcta comprensión de las "drogas mentales", como la marihuana, el haxix, el peyote, la semilla de campanilla, las semillas del palo de rosa hawaiano, la psilocibina, los hongos alucinógenos, el LSD, la dexedrina, la benzedrina y la metedrina. El individualismo es, en el fondo, uno de los elementos capitales de su "filosofía": "Haz lo tuyo." Aunque también existe una corriente dentro del movimiento, la de los *diggers*, que se ha decidido a abolir el dinero. Se deshacen de sus pertenencias, ofrecen comidas gratis y establecen "tiendas libres" (gratuitas), donde ofrecen una serie de mercaderías. El carácter superficial de su pensamiento se manifiesta en que si bien no aceptan dinero, sí reciben mercancías, moviéndose dentro de una falsa conciencia que considera al dinero no como una mercancía más, sino como una especie de divinidad corruptora.

Son pacifistas, rechazan al sistema y la agresión a Viet-Nam, pero no se plantean la destrucción violenta del *establishment*, ya que esto, según ellos, sería la aceptación de las reglas del juego impuestas por él. Se inclinan por transformar la mente de sus miembros mediante el consumo de la droga y la búsqueda de la verdad.

Sin embargo, es conveniente hacer varias aclaraciones: de los dos millones de hippies que se calculan únicamente un porcentaje mínimo se dedica de lleno a ese tipo de vida; la gran mayoría son estudiantes comunes y corrientes que funcionan ordinariamente y que durante el verano asumen la vida hippie. El efecto de demostración, la imitación, la moda, etcétera, son elementos sustanciales de un fenómeno que inicialmente emprendido como crítica al sistema, se ha convertido en jugoso negocio para la prensa y los comerciantes y en un elemento de integración social. Los hippies no son peligrosos para el *establishment* y éste lo sabe; les hace el juego, los maneja, los utiliza.

Cabe también resaltar el carácter antiintelectual del movimiento. No leen la prensa ni las publicaciones, a menos que sean éstas hippies, están por la experiencia directa —lanzando por la borda el conocimiento acumulado durante milenios por la humanidad— y su sistema no tiene mayor solidez filosófica, lógica o positiva. Por otro lado, han sido

tremendamente pobres en su aportación, no han brindado ni la literatura, ni la música ni la poesía que otros movimientos referidos ofrecieron en décadas anteriores.

Empero el fenómeno hippie evidencia la crisis profunda de la sociedad norteamericana, representa la ruptura de los estratos medios blancos con el sistema (como precedente) y por su carácter débil y efímero puede bien representar el paso hacia otras concepciones de lucha y de protesta contra el *establishment*.

•

Juan Felipe Leal y Fernández

DAVIDSON, Basil. "Difficulties, not Disillusionment", revista *Africa Report*, Vol. 12, núm. 9, diciembre de 1967.

Existe la creencia, casi el temor, de que la gente de África, particularmente la del África Ecuatorial, haya fallado ante el reto de su independencia política; de que todo el movimiento de liberación continental esté acabando en el fracaso. Independientemente de la manera en que se formule, está ahí un sentimiento creciente de "desilusión" tanto en el Oeste como en el Este, con respecto a la situación africana. Y se piensa que a menos que sobrevengan grandes cambios, buena parte del continente se enfrentará al hambre en las primeras décadas del siglo veintiuno.

Los observadores de esta crisis señalan que una egolatría extrema ha dominado a los grupos selectos que se suponía habrían de conducir a sus pueblos hacia un nuevo y mejor destino. Corrupción, irresponsabilidad, menosprecio del hombre común: son los estigmas de un fracaso político que ha obligado a varios gobiernos africanos a buscar protección detrás de los líderes militares. Una crisis profunda, sin duda; pero no una crisis de los pueblos como tales, o de los africanos como tales. Si fuera cierta la opinión vulgar de que "los africanos no están lo suficientemente maduros para regirse por sí mismos", ¿qué podríamos decir ahora de los griegos? ¿Y del resto de nosotros? La crisis, pues, se puede decir que es de instituciones, las cuales en África han sido de dos clases: primero las instituciones tradicionales del África por medio de las cuales varios centenares de pueblos se rigieron a través de un largo periodo preindustrial; segundo, las instituciones que fueron preparadas y acomodadas por las fuerzas coloniales en retirada, especialmente Gran Bretaña y Francia.

Las instituciones tradicionales africanas fueron eficaces en su tiempo y lugar, lo que está demostrado por su largo periodo de supervivencia, sin embargo, llegó el momento en que eran inadaptadas para el mundo moderno, y hasta cierto punto inadaptables. Las otras estructuras impuestas "desde arriba", tomaron su lugar, diseñadas especialmente para permitir a las fuerzas coloniales medrar a costa de sus nuevas posesiones, y por supuesto, al precio más bajo. Desde 1945 empezó a sostenerse que la tarea de las potencias coloniales, al prepararse para el retiro, o por lo menos mientras aceptaban la eventual retirada como línea más prudente, era la de organizar grupos selectos capaces de coronar la tarea europea de civilización, mediante una reproducción de las instituciones nativas de gobierno británicas, francesas y belgas. Así en los primeros años de la década de los 60, muchas antiguas colonias fueron lanzadas a su independencia política, bajo la tutela de pequeños grupos de hombres educados y entrenados, en su mayoría, en las ideologías y actitudes sociales dominantes en la Europa Occidental. Su principal objetivo, más o menos confesado y raramente comprendido en sus más serias implicaciones, eran constituirse lo más rápidamente posible en clases gobernantes, lo